ARTURO PERERA

MIELES Y HIELES

BOCETO DE COMEDIA

en un acto y dos cuadros, en prosa, original

Copyright, by Arturo Perera, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

MIELES Y HIELES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MIELES Y HIELES

BOCETO DE COMEDIA

en un acto y dos cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

ARTURO PERERA

Estrenada con brillante éxito en el COLISEO IMPERIAL de Madrid,
el día 25 de Mayo de 1909

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551
1909

714748

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSALINDA, nieta de.....	Guadalupe Muñoz Sampedro.
NATALIA.....	Avelina Torres.
BEATRIZ.....	Pascuala Mesa.
LAUREANO.....	Manuel Llopis.
UN CURA.....	Manuel Espejo.
EVARISTO.....	Gaspar Campos.
UN CRIADO.....	José Isbert.

La acción en un pueblecito próximo á Madrid, el primer cuadro; el segundo en Madrid.—Época actual

BREVE RESUMEN

DE LOS JUICIOS EMITIDOS POR LA PRENSA ACERCA DEL ESTRENO DE ESTA OBRA

MIELES Y HIELES.—No digamos que la lindísima comedia cuyo título encabeza esta líneas resuelve un problema transcendental: pero sí podemos asegurar que nuestro ilustrado compañero en la prensa, Arturo Perera, después de demostrarnos una vez más que es un literato excelente y correctísimo, nos sorprende como dramaturgo ingenioso, manejando la trama escénica con la seguridad y arte de un maestro.

Es MIELES Y HIELES una comedia de asunto tan añejo como el matrimonio; pero en el teatro es relativamente moderno, porque nuestros abuelos no se atrevieron nunca á presentar en el escenario comedias naturalistas, pintando escenas semiescabrosas de la vida real.

A pesar de ser la obra en cuestión de ambiente moderno, naturalista si se quiere, no crean los lectores que la vida está pintada con realismo crudo, descarnado y grosero; no. La prosa de MIELES Y HIELES es sencilla, delicada.

La numerosa concurrencia que asistió al estreno de la comedia de Perera, entre la que había muchas nobles damas de nuestra aristocracia, aplaudió con entusiasmo, haciendo salir al mencionado autor al palco escénico repetidas veces, en medio y al final de la representación.

(*La Correspondencia de España.*)

***

Una vez más ha alcanzado unánimes aplausos del público el ilustre escritor Arturo Perera con su obra MIELES Y HIELES, representada anoche en el *Coliseo Imperial*, logrando un éxito unánime y halagador.

La nueva obra de Perera es, como él la llama, un boceto

de comedia y aun pudiera decirse un esbozo de drama moderno y tendencioso.

Es la comedia y el drama, si no de todo el mundo, de gran parte de la sociedad.

Perera ha tratado con grande acierto y maestría el espinoso asunto dentro de la comedia, conmoviendo en algunos momentos y haciendo reir en ocasiones al público, satisfecho de ver en escena un reflejo de la vida real, hermosamente dramatizada.

El público aplaudió desde los comienzos de la obra, y al final fué llamado el autor repetidas veces á escena.

(*El País*)

***

El boceto de comedia en dos cuadros, estrenado con el título de MIELES Y HIELES, fué muy del gusto del público.

Hay en él lo que los predecesores del autor en el ejercicio de la crítica llamaban «calor de humanidad», ó lo que es lo mismo, vida y pasión.

Los personajes están concluídos de mano maestra, la acción es lógica y fácil, y marcha con naturalidad al desenlace.

Arturo Perera, nuestro distinguido compañero en la prensa, autor de la obra, tuvo que presentarse repetidas veces á recibir los aplausos de la concurrencia que llenaba el teatro.

(*El Imparcial.*)

***

El ilustre escritor, D. Arturo Perera, estrenó en el *Coliseo Imperial* una linda obrita, escrita en un diálogo lleno de fino y saludable sentimentalismo, y cuyos efectos se demostraron en el público por los aplausos y las ovaciones al autor.

El asunto de *Mieles y hieles*, tiene su nota atrevida y escabrosa.

Triunfa en esta comedia el amor ilegal sobre el amor conyugal.

La moral casera y convencional queda malparada; pero la verdad y el sentimiento afirman sus derechos.

(*El Mundo.*)

***

Labrar un nido ajeno para buscar una felicidad que en el propio no se encontró, es asunto que ya se ha llevado á la escena repetidas veces; pero nunca con la poesía y delicadeza con que lo ha tratado en MIELES Y HIELES Arturo Perera.

Un diálogo salpicado de bellas imágenes, unas escenas de lucha, de pasiones encontradas y un canto al amor, al amor puro, espontáneo, sincero, es toda la obra de este afortunado autor.

El público escuchó con visibles muestras de agrado el diálogo correcto y delicado de la producción y premió con sus aplausos la exquisita labor del Sr. Perera.

(*A B C.*)

* * *

La empresa del *Coliseo Imperial* no se da punto de reposo para satisfacer los deseos del público, reforzando su cartel con otra nueva producción que obtuvo un éxito entusiasta.

MIELES Y HIELES que así se titula la nueva obra, es un boceto de comedia en el que su autor, el distinguido literato Arturo Perera ha desarrollado un asunto muy humano que interesa y conmueve.

Las situaciones son muy teatrales y el diálogo tiene calor, espontaneidad y gracia.

MIELES Y HIELES valió al Sr. Perera muchísimos aplausos que él recibió en escena repetidas veces.

(*El Liberal.*)

* * *

Arturo Perera ha abordado el problema del amor libre con una fábula sencillísima y original, hábilmente desarrollada, con escenas muy interesantes y conmovedoras, en las que ha demostrado su pericia de escritor y de autor dramático.

MIELES Y HIELES se titula la nueva comedia. Perera ha tenido el acierto de dividirla en dos cuadros, en los cuales contrastan la pureza del amor de la daifa y el insoportable trato de la mujer orgullosa, triunfando la primera con aplauso del público.

El diálogo está manejado con mucha soltura.

Conviene llevar al teatro la cuestión que trata Perera en su nueva obra, para que sirvan de solaz y enseñanza al propio tiempo. Si á diario nos quejamos de la mogigatería de nuestras costumbres cuando vemos obras que valientemente las combaten debemos aplaudirlas sin reservas. Por todo ello merece Arturo Perera los entusiastas aplausos que se le prodigaron.

(Heraldo de Madrid.)

* * *

Nuestro querido compañero en la prensa Arturo Perera, ha estrenado un boceto de comedia titulado MIELES Y HIELES que obtuvo merecido éxito.

Es una comedia de forma irreprochable en que el reputado literato Sr. Perera, se revela como autor hábil y conocedor de los recursos dramáticos que llevan aparejado el triunfo.

La nueva producción del notable crítico tiene escenas conmovedoras, un diálogo natural y suelto y tipos muy bien trazados.

(*La Correspondencia Militar.*)

***

MIELES Y HIELES, de Arturo Perera, es una comedia en un acto, con bastante más sustancia y frondosidad que otras muchas en tres.

Perdóneme su autor si no me detengo como quisiera y como se merece la obra; pero el espacio reservado á la crónica teatral en este periódico, me falta.

(*Nuevo Mundo.*)

***

Arturo Perera, distinguido escritor que ha publicado cuentos y novelas muy elogiadas, crítico de teatros excelente y autor aplaudido, ha estrenado anoche una linda comedia que obtuvo brillante éxito.

El asunto, si no absolutamente nuevo, es interesante y está desarrollado con mucha habilidad y acierto. El diálogo es además suelto y limpio, lo cual bastaría para merecer aplausos.

Durante la representación y al final vióse obligado el señor Perera á salir á escena muchas veces.

(*Diario Universal.*)

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

A la izquierda del actor, fachada de una casa modesta de campo con la puerta principal de entrada que tiene un escalón y está rodeada de jazmines y madreselvas. En primer término á la derecha frente á la casa, se ve un trozo de jardín que parece continuar, lleno de claveles, rosales, etc. En el foro y á la izquierda grandes árboles.

ESCENA PRIMERA

ROSALINDA y NATALIA

Ros (Mirando á la derecha.) ¡Bravo, Laureano! (Palmoteando.) ¡Bravo! (Hablando á Natalia.) Trae seis perdices nada menos. Eso es ser un gran cazador.

ESCENA II

DICHOS y el CURA, luego LAUREANO

Cura ¿Qué le pasa á Rosalinda que está tan contenta?

Ros. Ahora lo verá usted y participará de mi alegría.

CURA Mucho lo celebraré.

ROS Ahora, ahora lo verá usted. (Vase apresuradamente por el foro y vuelve al poco rato con seis perdices atadas unas á otras.) ¡Mire usted! ¡Seis perdices! ¡Seis!

CURA ¡Ah! ¿Vamos, conque ha habido tan buena caza? (A Laureano que viene en traje de caza y con zurrón y escopeta.)

LAUR. Ya ve usted si traigo abundante caza; pero precisamente es por haber hecho lo contrario de lo que usted me aconseja siempre.

CURA Ya veo que sabe usted más que yo á pesar de mis pretensiones.

ROS. Tome usted, señor Cura, estas dos. (Dándoselas.) Las más gordas.

CURA Las acepto y las agradezco, á condición de que me permitais mandar una á la Remigia á quién le hace más falta que á mí.

ROS. No es menester. Ya le mandaré yo también á la Remigia. Esas he dicho (cómicamente con imperio.) que son para usted.

LAUR. Ya lo oye usted. No hay remedio. La reina lo manda. Es preciso resignarse y obedecer.

CURA Me resigno y obedezco.

LAUR. Toma, Rosa, estos arreos y tráeme los de jardinero. Tenemos que aprovechar el tiempo. Tráeme la podadera y el garabato. (Rosalinda entra en la casa con la escopeta y el zurrón y vuelve luego ó salir con los dos instrumentos dichos.)

CURA ¿Por lo visto se vuelve usted hoy á Madrid? (Laureano asiente.) ¿De suerte que no podremos echar la brisquita consabida?

LAUR. Caso de fuerza mayor.

CURA (Con cierta malicia.) ¿Tanto trabajo tiene usted en Madrid?

LAUR. Trabajo y quebraderos de cabeza.

CURA (Como antes.) Así se comprende que esté usted suspirando por escapar y venir aquí.

LAUR. Suspirando y gimiendo y llorando. Porque esta y no aquella es la vida que me agrada y para la que yo he nacido. Vida siempre serena, apacible y encantadora. Llena de mieles. Pasear por el campo, contemplar las faenas agrícolas. Coger la escopeta, acechar

la codorniz ó la perdiz, verla y ¡pum! (Accionando.) hacerla caer rodando ó perseguirla herida; recogerla y traerla triunfante como César, á esta tranquila casita donde me espera siempre amorosa y risueña mi adorada Linda. Imagine usted en cambio lo enojoso que me será hallarme en Madrid atareadísimo toda la semana en hacer números y cálculos; en cobrar y pagar cuentas, letras y demás. Rodeado de personas indiferentes ó adustas; en medio de un ambiente frío y hostil, sin una sonrisa, sin un cariño... Todo hieles en una palabra.

CURA (Con acentuada malicia.) Algo exageradilla me parece la pintura; sobre todo la de allá porque al cabo *algo ha de consolarle á usted de todo eso su madre.*

LAUR. (Con alguna turbación.) Sí; es verdad, mi madre... pero como todas las personas de mucha edad y delicadas más piensa en sí misma que en mí. (Sale Rosalinda.) Conque, vamos, Rosalinda, vamos á concluir la poda: á cortar el pelo y las uñas á nuestros amigos. (Vase Laureano tarareando la Marsellesa, seguido de Rosalinda.)

ESCENA III

NATALIA y el CURA

CURA (Sentándose cerca de Natalia.) Y... vamos á ver abuela ¿ha dicho usted algo á Rosalinda para animarla á que convenza á Laureano de la necesidad de legitimar á los ojos de Dios y de la Iglesia, sus relaciones?

NAT. Sí, ya hemos quedado en que aprovecharía la primera ocasión que se le presente. Pero mire usted, señor Cura, hay que tener en cuenta, primeramente que á él le debemos todos los bienes de que disfrutamos.

CURA Sí; pero...

NAT. Y luego, que antes aún de comenzar sus verdaderas relaciones, *ya me entiende usted,*

cuando apenas nos conocíamos más que como vecinos porque él venía aquí á su casa á pasar de tarde en tarde unas horas y nosotros estábamos ahí en nuestra pobre casita (Señalando.) junto al camino, ya nos dijo que él vivía con su madre que era de mucha edad y estaba enferma, y que le había pedido juramento de que mientras ella viviese él no se casaría.

CURA Sí; pero...

NAT. Yo ya sé que no está bien que Rosalinda y Laureano sigan así y que yo lo consienta; pero fíjese usted, piense usted también que ellos se quieren de todo corazón y que somos así muy felices y que todo esto se puede perder, si Rosalinda se empeña en que Laureano se case con ella, ¿no comprende usted, señor Cura?

CURA Sí, sí; bueno. Todo eso es verdad. Pero hay que hacer lo necesario para vivir en paz con Dios y con la conciencia. Además, hay también que pensar en que cualquier día puede suceder lo que es muy natural que suceda teniendo los dos esas relaciones *tan íntimas* y entonces la cosa se complica. ¿Me comprende usted, abuela Natalia?

NAT. Sí, sí. Tiene usted razón. Descuide usted que ya haremos todo lo posible para arreglar este asunto.

CURA Harán ustedes bien. Y cuanto más pronto mejor. Porque á mí se me figura, Dios me perdone la malicia, que Laureano no es franco por completo. Que les oculta á ustedes algo.

NAT. ¿Y qué es lo que le hace á usted pensar así?

CURA Si va usted á ver, nada y mucho. Pequeñeces cada una de por sí; pero que todas juntas representan y valen algo. Mire usted, sin ir más lejos. Ahora poco, cuando él estaba diciendo lo bien que aquí se encuentra y lo fastidiado que está en Madrid y yo le he nombrado á su madre, me ha parecido que se turbaba y... que no decía toda la verdad.

NAT. ¡Jesús! (Escandalizada. Levántanse.)

CURA (Con viveza.) Quiero decir que por lo menos se callaba algo. En fin, yo creo que nada se perdería conque Rosalinda le hiciera alguna indicación sobre la alegría que tendrá el día en que puedan casarse. Y si Laureano la quiere tanto como dice, no se negará á darle alguna esperanza.

NAT. ¿Y si se enfada?

CURA No; de seguro no se enfadará; porque todo eso le ha de parecer muy natural, ¿eh? ¿Qué dice usted, Natalia?

NAT. Bueno, sí. Yo hablaré á mi nieta y.. mire usted, ahora viene y podremos decirle algo.

ESCENA IV

DICHOS y ROSALINDA

ROS. Vaya una poda que está haciendo Laureano. (Dirigiéndose á la casa.) A mí me da pena. Me parece ver caer brazos y piernas por el suelo.

NAT. Oye, Rosalinda, ¿sabes qué me decía ahora el señor Cura?

ROS. ¿Qué? Dímelo pronto porque tengo que preparar aquí la mesa para Laureano que va á tomar un bocado antes de marcharse.

NAT. Pues me decía lo mismo que yo hace poco á tí; que sería bueno que le dieses á entender á Laureano...

CURA (Marcando.) Hoy antes que se vaya...

NAT. Hoy antes que se vaya, que tú tendrás una gran alegría el día en que Laureano... ya sabes...

ROS. Sí, ya sé. Ya sé...

CURA Y puedes estar segura de que si él te quiere no ha de enfadarse contigo por eso; porque le ha de parecer la cosa más natural del mundo. Eso es en tí un deber de conciencia que has de cumplir. Como cumplo yo el mío aconsejándotelo para tu propio bien. Además que si he de serte franco me pare-

ce que Laureano no juega del todo limpio contigo.

ROS. (Escandalizada.) ¿Qué dice usted, señor Cura?

CURA No te alarmes. Sólo quiero decir que la razón que alega para no casarse no me convence. Quizás tenga otra oculta. Y eso te conviene aclararlo cuanto antes. ¡Ea, adiós! No quiero que mi presencia os estorbe para hablar con él. (Mutis.)

ROS. Vaya usted con Dios. (Quédase pensativa.)

ESCENA V

ROSALINDA y NATALIA

NAT. Dice bien el señor Cura. Te conviene aclararlo todo cuanto antes. Y aún no sabe él *lo que esta mañana me has dicho*, que si lo supiera con más motivo te diría que siguieses pronto sus consejos.

ROS. Sí; es verdad. Tienes razón.

NAT. No olvides lo que antes te he dicho. Al darle á Laureano la buena nòticia que tanto ha de alegrarle, aprovechas la ocasión para...

ROS. Sí, sí. Seguiré vuestros consejos. Estoy decidida. Por mi hijo sobre todo. Es preciso. Ven; ayúdame á traer aquí la mesa. (Entran las dos en la casa y salen con una mesa sobre la cual coloca Rosalinda una servilleta, una botella de vino y una jarra, platos y cubierto para una persona sola.)

NAT. Ya viene Laureano. Te dejo sola con él. No seas tan corta de genio como de costumbre. Piensa en tu hijo y eso te dará valor. Me voy á la cocina á cuidar de la comida. (Entra en la casa.)

ESCENA VI

ROSALINDA, luego LAUREANO

ROS. Sí; debo seguir los consejos del señor Cura y de mi abuelita. Ahora no podrá pensar que soy una mujer egoista y desagradecida.

LAUR (Con un gran manojo de flores en una mano y una cesta de frutas en la otra.) ¡Ajajá! Ya está puesta la mesa, pero falta dónde colocar estas flores. Tráeme algún cacharro. Ya sabes que me gusta y me abre el apetito ver en la mesa las flores.

ROS. Dámelas. Voy á ponerlas en esta jarra.

LAUR. Acerca un plato ó una fuente para esta fruta. Qué gusto me da comer así al aire libre junto á tí y rodeados de esos árboles! Y alegrar los ojos con esas flores que uno mismo ha plantado y ha visto brotar y crecer. Y luego saborear la fruta de los árboles regados y cuidados por nuestras manos... ¡Así exhalan las flores más rico aroma y saben las frutas mucho mejor que las compradas!

ROS. ¡Ya lo creo!

LAUR. Pero, oye, ¿qué es eso? (Señalando la mesa.) Un cubierto no más. ¿Pero tú crees que voy á comer sin tenerte á mi lado? ¿sin que tú comas también conmigo?

ROS. (Tratando de dominar su tristeza.) No tengo apetito.

LAUR. Vamos, vamos. No hagas la niña mimada. Ya estás poniendo otro cubierto y sentándote aquí, á mi ladito. En seguida, ¿oyes?

ROS. (Como antes.) Te digo de veras que no tengo ni pizca de apetito.

LAUR. ¿Cómo es eso? ¿Estás mala?

ROS. Mala... no; pero... algo así... destemplada.

LAUR (Con gran interés, levantándose, aproximándose á Rosalinda y cogiéndole las manos.) A ver, á ver. ¿Tienes calentura, Linda mía?

ROS. No, no te alarmes. Ya te lo he dicho, una ligera destemplanza.

LAUR. Pero, ¿desde cuándo?

ROS. Hace ya algunos días; pero hoy siento algo más de malestar.

LAUR. (Tomándole el pulso y luego poniéndole una mano en la frente.) Sí, sí. Es verdad. Tienes el pulso alterado y en la frente se nota algún calor. (Alarmado.) Pero, mujer, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué no me lo dijiste ayer y habríamos llamado al médico? ¡Dios

mío! Si tú supieras la angustia que siento! ¡Tenerme que ir y dejarte así...! Pero, ¿á qué atribuyes tú esa indisposición? ¿Qué es lo que sientes? ¿Dí? ¡Habla mujer! No me tengas en zozobra.

ROS. (Se echa en sus brazos.) ¡Ay, Laureano! ¡Laureano de mi vida...! ¡Si tú supieras...!

LAUR. ¿Qué es, Rosalinda mía de mi alma? ¡Déjame ver tu rostro! (La retira un poco la cabeza.) ¡Ah! ¿Te sonrís? ¡Tus ojos brillan de contento...! ¿Por qué es eso? ¿Por qué? ¿Será verdad lo que imagino? ¿Que sí? ¿Dices que sí? ¡Oh, qué alegría! Qué alegría tan grande inunda mi corazón. Mira, pon la mano sobre él. ¿Le sientes cómo se agita? ¡Ay, Rosalinda..! ¡Qué placer! ¡Qué encanto! ¡Qué felicidad! ¡El sueño de toda mi vida! ¡Un hijo! ¡Oh! ¿Cómo te demostraría yo la gratitud, sí, la gratitud que siento por la ventura que me das...? Dime, dime: ¿no tienes algún oculto deseo? ¿Alguna ambición? (Rosalinda asiente con un movimiento.) ¿Sí? Pues dímelo, confiésamelo.

ROS. ¿No te enfadarás?

LAUR. ¿Enfadarme? ¡Qué niña eres! ¡Anda! Pídeme cuanto quieras.

ROS. (Con rubor y cortedad.) ¡Ser... tu mujer!

LAUR. (Murmurando asombrado.) Mi... mu... jer... ¿Qué es lo que dices?

ROS. Sí, Laureano. (Animándose á medida que habla.) Y no por mí. No lo creas. Tú has hecho y haces por mí más de lo que merezco, más de lo que ningún hombre sería capaz de hacer. ¡Pero... por él... por mi hijo... por nuestro hijo lo deseo y te lo ruego!

LAUR. (Con tristeza.) ¡Qué pena me da que me pidas eso! ¿Crees tú, Rosalinda mía, que si fuera posible no me hubiese ya unido á ti hace tiempo con el mayor gusto de mi alma?

ROS. ¿Que no es posible dices?

LAUR. Bien sabes que no. Porque aun antes de que nuestras relaciones fueran tan íntimas como ahora, cuando apenas nos tratábamos, ya te dije...

ROS. Sí, que mientras viviese tu madre no te casarías.

LAUR. Y más adelante, cuando comenzábamos á querernos y yo te recordaba la imposibilidad de casarme, tú me decías y repetías...

ROS. Sí, que nada me importaba. Que lo único que ambicionaba era tu cariño. Pero ahora ya te lo he dicho; no es por mí por quien lo deseo y lo pido es por... esa criatura que al venir al mundo quiero que lleve tu nombre; quiero que pueda decir quién es su padre y que pueda decirlo con orgullo y con alegría; porque no hay ninguno tan bueno y tan cariñoso como tú. Y eso lo deseo más que cuantas riquezas pudieras darme.

LAUR. (Abrazándola con mucho cariño.) ¡Rosalinda mía! ¡Qué corazón tan hermoso tienes...! (Contemplándola unos instantes con arrobamiento.) De ti sí que tendrá nuestro hijo motivo de enorgullecerse. (Pausa. Transición.) Pero oye, escúchame con calma y después reflexiona. Ante todo quiero decirte que tu hijo tendrá asegurado, no sólo su porvenir, sino también su bienestar. Como he asegurado el tuyo desde que me concediste la ventura de amarme. Todo eso te lo prometo... ¡Te lo juro! Respecto á lo demás... que yo deseo acaso más que tú... por ahora, te lo repito, es por desgracia irrealizable. ¡Imposible!

ROS. Imposible no digas.

LAUR. (Con mucho cariño y aeariciando una mano de Rosalinda entre las suyas.) Sí, imposible. Porque tú sabes que... mi madre se disgustaría profundamente si en eso la desobedeciera. Y ese disgusto en el estado delicadísimo de salud en que se encuentra, podría ocasionar graves consecuencias; tal vez una desgracia. Y tú no querrás cargar tu conciencia.

ROS. ¡Ah, eso no! ¡Nunca! ¡Dios me libre! Pero es que...

LAUR. ¿Qué? Di.

ROS. (Apoyándose en el pecho de Laureano con tono mimoso.) ¿Acaso no podríamos casarnos aquí sin que lo supiera nadie más que el señor cura,

mi abuela y nosotros dos? De ese modo, y haciendo la misma vida que hacemos, yo creo que no habría peligro de que tu madre se enterase y...

LAUR. Pero tú olvidas una cosa que también te he dicho más de una vez.

ROS. ¿Cuál?

LAUR. Que mi madre me ha exigido juramento de que permaneceré soltero mientras ella viva. Y de seguro no querrás que falte á mis juramentos. (Rosalinda se separa un poco de Laureano y quédase cabizbaja y triste. Pausa. Aproximándose á ella.) Vamos, Rosalinda. ¡Monísima de mi alma! No estés triste ni me entristezcas en el día que debemos considerar como el más feliz de nuestro amor. Levanta esa linda cabecita. Muéstrame como siempre sin nubes que lo oscurezcan el hermoso cielo de tu rostro. Mírame con esos dulcísimos ojos que tantas promesas de amor me dicen siempre. Que oiga de tus labios antes de separarnos alguna de esas palabritas cariñosas que encantan mi corazón. (Pausa) Pero dime, linda mía, ¿no hemos sido felices hasta ahora? Pues, ¿por qué no hemos de continuar siéndolo? Di, ¿por qué? (Pausa.)

ROS. (Con arranque.) Júrame que no quieres á ninguna otra mujer ni poco ni mucho.

LAUR. ¡Con toda el alma te lo juro!

ROS. (Como antes.) ¿Que ninguna otra mujer te da ni recibe de tí ningún beso?

LAUR. ¡Ninguna más que tú! ¡Te lo juro! ¿Pero puedes dudarlo? ¿Por ventura te he dado ni el más leve motivo para estar celosa?

ROS. Tal vez no; pero lo estoy. Sí; lo confieso, por primera vez desde que nos conocemos, desde que te quiero siento celos; desconfío de la sinceridad de tu cariño, que mil veces me has dicho que era todo y solo para mí.

LAUR. Y no te he engañado. Y te lo repetiré mil veces. Todo mi cariño y mi corazón, y mi alma son y serán siempre tuyos. ¡Y por Dios te lo suplico, no dudes de mí! Sé como siempre has sido.

ROS. Bien quisiera pero no puedo. He cambiado. lo conozco. Antes, con la mitad de las palabras que me has dicho, olvidaría todos mis temores; pero ahora no sé... pero me siento intranquila y recelosa...

LAUR. Vamos, Rosalinda. (Cariñoso.)

ROS. Y es que no soy la misma. Es que antes no pensaba en nada más que en quererte á tí. Y me abandonaba, me entregaba con los ojos cerrados á tu voluntad... Pero ahora tengo otro en quien pensar y á quien querer.

LAUR. ¡Cuánto me gusta oirte esas palabras! ¡Qué hermosa y qué buena eres! ¡Me pareces ahora más hermosa y más buena que nunca! ¡Si pudiese yo quererte más, más te querría! (Mirando al reloj) Ya es tarde. No puedo detenerme más. Pronto volveré. (Abrazándola.) ¡Adiós! ¡Adiós, alma mía! ¡Dame antes de marcharme la alegría de verte sonreir como siempre!... Así. ¿Ves? Ya me voy más consolado de la pena de dejarte. De alejarme de este paraíso donde soy tan feliz. (Va hasta la puerta de la casa y grita.) Adiós, abuela... (A Rosalinda, abrazándola.) Piensa mucho en tu Laureano. (Alejándose.) ¿Oyes? Y con el cariño que yo pienso siempre en tí... (Desaparece. Rosalinda hace señas de despedida, mientras aparece en el umbral de la puerta Natalia.)

ESCENA VII

ROSALINDA y NATALIA

ROS. (Nerviosa.) Tráeme el mantón, un pañuelo para la cabeza y el bolsillo.

NAT. ¿Pero te vas?

ROS. Sí; me voy. Anda de prisa. (Natalia sale por la derecha, haciendo gestos expresivos de parecerla mal.) Quiero salir de dudas de una vez. No me conformo con seguir así. Tiene razón el señor Cura y mi abuela. Laureano no es franco; me oculta algo, me engaña. (Sale Natalia.)

Hasta ahora no lo he conocido. Y es que tampoco tenía yo interés en saberlo. Pero ahora sí. Pronto averiguaré la verdad y la mentira.

NAT. Pero ¿estás loca? ¿Cómo vas á averiguar?...

ROS. Muy fácilmente. (Mostrando el bolsillo.) Con lo que llevo aquí se averigua todo. Además, lo lo que yo deseo saber (Poniéndose el mantón y el pañuelo, con que se cubre gran parte de la cara.) es sumamente fácil de averiguar. ¡Vaya! ¡Adiós!

NAT. Pero Laureano te verá ahora y...

ROS. No tengas miedo. No me verá. ¡Ni que fuera yo tonta! (Alejándose.)

NAT. ¿Volverás pronto?

ROS. Ya lo creo, en el tren de las seis.

(Natalia, haciendo gestos como antes, entra en la casa.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

La escena representa un gabinete elegante de hombre, en cuyo fondo hay una alcoba, separada de ésta por gruesas cortinas de terciopelo. Una puerta á cada lado, y además en la derecha, primer término, un balcón. Una librería. Una mesa escritorio.

ESCENA VIII

Un CRIADO, luego BEATRIZ

CRIADO (De frac negro y guantes blancos de punto.) Poco tiempo falta para que llegue el amo, según mis cuentas.

BEAT. (Entrando en traje de amazona y con el látigo en la mano.) ¿No ha llegado todavía?

CRIADO No, señora. Pero poco puede tardar, porque según ese telegrama (Señalando.) dice, en el tren de la tarde ha salido.

BEAT. (Mirando á su alrededor.) ¡Cuánto tiempo hace que no entraba yo aquí! (Coge el telegrama, que está sobre la mesa. Lo lee.) En efecto, no puede tardar. ¿Y usted, *que lo sabe todo*, sabe dónde está un libro pequeño de cubiertas rojas que le prestó la señora Baronesa de Retamosa, á quien se lo he de devolver hoy?

CRIADO Sí, señora. Se lo he visto leer al señor. Aquí en esta librería me parece que está.

BEAT. (Con imperio.) A ver, búsquelo usted.

CRIADO (Examinando los libros que hay en la librería.) Pues no lo encuentro.

BEAT. Era de esperar. *Si fuese algo que deseara mi doncella*, lo habría usted ya encontrado.

CRIADO (Después de unos momentos, cogiendo uno de la mesa.) Aquí está, señora.

BEAT. Bueno; déjelo usted ahí mismo. (Señalando la mesa. Sigue mirando y leyendo los títulos de los libros.) ¡Cuánto ha enriquecido su biblioteca! Pero la mayor parte de los libros son de caza. ¿Y estos otros? De la siembra, de la

plantación, de la... ¡Vaya! Todo lo necesario para un hombre de campo. (Jugando siempre con el látigo.) Cualquiera adivinaría que es un banquero el dueño... ¡Qué asco! (Al Criado.) ¿Y no le remitieron ustedes el telegrama en que yo anuncié mi llegada?

CRIADO No, señora; porque siempre que se marcha me encarga que todo lo que llegue para él se guarde aquí hasta su vuelta. A no ser cosa del Banco que deba llevarse al cajero ó al secretario.

BEAT. Si viene el señor antes de que yo salga diga usted que me avisen, aunque tenga yo visita.

CRIADO Está bien, señora.

BEAT. (Cogiendo el primer libro.) Que no se olvide usted. Que á usted se le va con frecuencia el santo al cielo. *Tiene usted* (Marchándose.) *á quien parecerse.* (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

CRIADO

(Con burla y acentuando como si hablara con ella.) Sí. Al amo, ¿eh? Ya quisiera usted parecérsele siquiera fuese de lejos en lo bueno y en... todo. No sé cómo ha podido casarse con ella. Es decir, sí lo sé, ó me lo figuro. Porque como él es tan rico y á ella le gusta tanto figurar y derrochar fingiría ser un ángel y que le quería, hasta atraparle. ¡Cuántas hacen lo mismo! Y luego se quitan la careta y se sacan las uñas. Así no es extraño que el señor (Con malicia.) vaya tan á menudo de caza... Y á la verdad no me pesa. (Cogiendo un puro de la cigarrera que hay sobre la mesa.) Porque á río revuelto... (Enciende el cigarro.) ¡Qué ricos son estos puros!

ESCENA X

LAUREANO y CRIADO

LAUR. (Por la izquierda. Tosiendo con afectación.) ¡Ejem! ¡Ejem!...

CRIADO (Tratando de ocultar el cigarro.) Buenas tardes, señor. He venido á ver...

LAUR. (Bondadosamente, pero con ironía.) Sí, ya; á ver si encontrabas un cigarro de tu gusto. ¿No es eso...? ¡Vaya! Tira ese puro que has encendido porque te vas á quemar. (El Criado lo tira á la escupidera.) Y ahora toma. (Le da un par de cigarros) Fúmate luego esos cómodamente y con toda tranquilidad de conciencia, y siempre que quieras fumar, no necesitas cogerlos, eso es muy feo, pídemelos.

CRIADO (Conmovido.) El señor es muy bueno. Demasiado bueno.

LAUR. Nunca se es demasiado bueno. ¿Y la señora llegó? (Vase á la alcoba.)

CRIADO Sí, señor. Esta mañana á las siete.

LAUR. (Desde dentro.) ¡Carape! ¿Tan temprano? Buen humor tendría ¿eh?

CRIADO Regular. Regular.

LAUR. Quieres decir más de lo regular.

CRIADO Ha venido aquí hace un rato á preguntar por usted y...

LAUR. ¡Hombre! ¡Qué milagro! Venir aquí y preguntar por mí. Por algo de gran interés para ella vendría...

CRIADO Por un libro que...

LAUR. No; no será por eso solo. Ya lo sabremos luego.

CRIADO Me ha encargado que en cuanto el señor llegase la avisara.

LAUR. ¿No te digo que otra cosa más que el libro vendría á buscar? Harto me figuro lo que será.

CRIADO ¿Voy á avisarla?...

LAUR. No, no. Cuanto más tarde mejor. (Pausa.)

¿Con quienes ha almorzado hoy? Porque supongo que no habrá almorzado sola.

CRIADO Con el señor general Robles. La señora marquesa de Santa Fe y los señores de Santiago. Todos ellos y la señora baronesa de Retamosa han quedado en ir con la señora esta tarde á caballo al Pardo por la Casa de Campo.

LAUR. Lo siento por la pobre Selika. Volverá como de costumbre cubierta de espuma y de sangre. ¿Por qué no hará la excursión en *auto*?

CRIADO Está descompuesto.

LAUR. ¿Cómo? ¿También el Mercedes?

CRIADO Sí, señor.

ESCENA XI

LAUREANO, EVARISTO y CRIADO

EVAR. (Va en traje de montar.) ¿Está el señor?

CRIADO Sí, señorito. Está vistiéndose. (Señalando hacia la alcoba.)

LAUR. (Desde dentro.) ¿Quién es...?

EVAR. Soy yo: Evaristo.

CRIADO ¿Quiere algo, señor?

LAUR. No; puedes retirarte. (Vase el Criado por la izquierda.)

ESCENA XII

LAUREANO y EVARISTO

EVAR. ¿Qué tal, Laureano?

LAUR. (Desde dentro.) Muy bien. Y tú ¿te has divertido mucho en vuestra excursión?

EVAR. Con decir que iba con nosotros el general Suances ya puedes figurarte si nos habremos divertido. Parece imposible que á sus setenta cumplidos, tenga tan buen humor. Voy á referirte uno de tantos lances graciosos que nos contó. No pueden ustedes imaginar, nos decía, el susto que se llevó una

noche un criado que acababa yo de recibir y que había llegado del pueblo aquél mismo día. Entramos en mi gabinete, me despojé de la levita; á seguida me quité los dientes de arriba, luego los de abajo, después este ojo de cristal y al ver mi criado, que me miraba con la boca y los ojos cada vez más abiertos, que me llevaba yo las manos á la cabeza para quitarme la peluca, dió un grito y echó á correr por toda la casa. Según dijo se le figuró que me iba yo también á quitar la cabeza. ¿Verdad, primo, que tiene gracia el cuento ó sucedido?

LAUR. (Saliendo á escena elegantemente vestido y calzado.) Sí, tiene mucha gracia. Pero hablando ahora de otra cosa te recuerdo lo convenido.

EVAR. ¿Qué es ello? No caigo...

LAUR. Que no me llames primo. Al fin y al cabo no eres primo mío, sino de mi mujer, y por lo mismo que tú le haces una corte asidua..

EVAR. Pero hombre ¿qué dices?

LAUR. ¿Qué? ¿Te sorprende que yo haya reparado en ello? ¿Tan miope me creías?

EVAR. Nada de eso; pero yo...

LAUR Tú como... *muchos* confundes mi ingénita y acaso desmesurada bondad con la idiotez. Por eso, de vez en cuando, me parece conveniente hacer una llamada á fin de que cada uno sea considerado en el lugar y en el concepto que merece.

EVAR. ¡Pero primo! ¡Digo, Laureano! Creo que no me harás la ofensa de creer que yo...

LAUR. No se hable más por ahora de todo eso. (Cogiendo un cigarro y ofreciéndoselo.) Y *date por advertido*. ¿Quieres fumar?

EVAR. (Cogiendo el puro.) Muchas gracias.

LAUR. (Interrumpiendo.) Y ¿qué se dice por ahí?

EVAR. Nada que yo sepa. Es decir, sí. Y conviene que te lo diga. Susúrrase que la Compañía mercantil va á suspender sus pagos.

LAUR. Hace días que ordené al Banco agrícola que retirase todos nuestros fondos de esa casa.

EVAR. ¡Qué listo eres! ¡Y apropósito! ¿No podrías admitir de nuevo á mi cuñado?

LAUR. No. Bien sabes que no peco de severidad; pero cuando se comete repetidas veces la misma falta grave y me convenzo de la inutilidad y lo que es peor, de lo perjudicial que es la bondad y el perdón, no transijo más con la falta ni con el culpable.

EVAR. Te sobra la razón; pero considera que mi cuñado no puede ya ser admitido en parte alguna como tú le cierres las puertas. ¿Y qué será de mi pobre hermana y de sus cuatro hijos... niños todavía?

LAUR. (Escribe en una tarjeta ó papel.) Toma; dale eso y dile que mañana mismo se presente en la Casa de salud que yo he fundado y sostengo, donde desempeñará la plaza de conserje.

EVAR. Gracias, Laureano. Eres muy bueno; demasiado bueno. Adiós. (Estrechándole una mano entre las suyas.) Hasta luego. Voy á ver si están ya reunidos todos los de la cabalgata. Gracias otra vez. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIII

LAUREANO y CRIADO

CRIADO (Por la izquierda.) Señor. Aquí está una joven que viene de parte de la cigarrera.

LAUR. ¿De la cigarrera? ¡Pero, hombre! Si apenas he comenzado la rueda que me trajo el otro día.

CRIADO Le diré que vuelva dentro de...

LAUR. No. Cuando me manda más cigarros es que necesita dinero. Dile que pase. (Vase el Criado.)

ESCENA XIV

LAUREANO, luego ROSALINDA

LAUR. (Suspirando.) Qué días más felices he pasado allí en mi rinconcito. En mi paraíso.

ROS. (Desde fuera.) ¿Se puede?

LAUR. (Distraidamente.) Adelante. (Preséntase Rosalinda de

mantón y con el pañuelo de la cabeza echado muy adelante.) Qué pronto se acabaron mis vacaciones. ¡Todo se acaba! (Rosalinda se adelanta hasta ponerse á un paso de Laureano. Repara en ella sin darse cuenta al pronto.) ¿Quién es? ¡Ah! ¡Eres tú? ¡Rosalinda! ¡Rosalinda mía! (Va á cogerla por el talle y ella se retira.)

ROS. No: ya no es de usted, Rosalinda.

LAUR. ¿Qué estás diciendo, mujer?

ROS. (Con emoción creciente.) Lo que usted oye. Que ya no soy de usted ni lo seré nunca más.

LAUR. Vamos, mujer, no digas disparates. Pero, ¿qué idea te ha dado de venir? ¿Y cómo has sabido...?

ROS. Pues muy sencillo. He venido para averiguar la verdad. Para descubrir de una vez todos los embustes conque usted me ha estado engañando tanto tiempo. (Tratando de dominar la emoción que la embarga.) ¡Qué bien se ha burlado usted de mí!

LAUR. (Tratando de cogerle una mano que ella retira bruscamente.) Cálmate, Rosalinda. Oyeme un momento. ¡Te lo suplico!

ROS. (Cada vez más emocionada.) ¡Qué orgulloso estará usted de haber engañado á una pobre muchacha inocente y estúpida como yo! ¡Que jamás ha dudado de sus palabras! ¡Que no ha querido ni ha mirado siquiera á ningún otro hombre sino á usted!

LAUR. ¡Yo soy incapaz de burlarme de nadie y menos de tí a quien quiero con toda mi alma!...

ROS. ¡Calle usted! ¡Calle usted, mentiroso! ¡hipócrita! (Secándose las lágrimas.) ¡Bien veo ahora que yo no he sido para usted más que un entretenimiento, un juguete!

LAUR. No digas eso, Rosalinda. ¡Me injurias! ¡Me haces daño!

ROS. No, si ya no me ha de engañar usted más con sus palabras y sus juramentos. Ya sé que todo son mentiras y falsedades. (Conteniendo sus sollozos.)

LAUR. Déjame que hable; que te explique...

ROS. ¿Para qué? Todas las explicaciones no han de destruir la verdad. Y la verdad es que

no es usted cajero del Banco agrícola como usted decía. Ni vive usted de su sueldo, porque es usted el director, el amo de esa casa de banca. Y también es la verdad que no vive usted donde decía, sino aquí, en este hotel, en este palacio, que también es suyo, donde da usted grandes reuniones.

LAUR. (Que ya ha tratado de interrumpir varias veces.) Sí; bueno, es verdad. Pero escucha. Reflexiona que si yo te hubiese dicho...

ROS. (Con vivísima emoción.) Y no es verdad tampoco que su madre de usted viva y que no puede usted casarse conmigo por eso, sino porque... está usted... casado. (Sollozando.)

LAUR. Sí; pero falta que sepas que...

ROS. (Como antes.) Con una mujer muy guapa y muy elegante y muy...

LAUR. (Irónico.) Y muy angelical. ¿No te han dicho también eso?

ROS. Sí me lo han dicho. Y que la quiere usted mucho y que la lleva usted como una reina. (Llorando con explosión.)

LAUR. Vamos, Rosalinda de mi alma. No te atormentes ni me atormentes más. No llores así. No seas niña. Escúchame. Una parte de lo que te han dicho es verdad. Sí; confieso que no he sido franco contigo. He hecho mal. Y harto castigo me das ahora. Todos los días pensaba yo: Esto no puede seguir así. Tengo que declararle la verdad á Rosalinda. Y sin embargo, al verte á tí, me sentia cobarde. Me daba miedo el disgusto que te iba á causar. Y luego también tenía miedo de que al saber tú la verdad dejaras de quererme.

ROS. (Con arrebato.) Sí; pues eso es lo que ha sucedido. Que ya no le quiero, que ya me parece que le aborrezco.

LAUR. Por Dios, Rosalinda, (Muy apenado.) no digas eso; ni lo pienses siquiera. Preferiría que me dieses una puñalada.

ROS. Pues lo digo y lo repito. Todo mi cariño ha concluído para siempre. Y voy á dejar aquella casa que antes quería tanto y que ahora también aborrezco.

LAUR. (Suplicante y conmovido.) ¡Rosalinda! Tenme compasión. No digas esas cosas. ¿No ves la pena que me das?

ROS. Más grande, mucho más grande es la que yo he sentido y siento... pero vale más que haya sido así, de un golpe... para acabarse todo, para curarme de una vez. (Llorosa.)

LAUR. Mira, mañana iré allí. Y hablaremos y...

ROS. (Con viveza.) No, no vaya usted, porque sería inútil. Ya le he dicho que...

LAUR. ¡Vamos! Tutéame como siempre.

ROS. No puedo; ya es usted para mí como un desconocido. Todo lo podría perdonar menos el que usted. . el que usted... esté... (Conteniendo sus sollozos.) esté casado con esa mujer tan guapa y tan elegante y...

LAUR. Pero, ¿y si yo te dijera que no la quiero absolutamente nada? Que...

ROS. No, no me lo diga usted: porque aunque se pusiera usted en cruz no le creería. Adiós.

LAUR. (Deteniéndola.) ¿Hasta mañana, Rosalinda?

ROS. Hasta nunca. Porque nunca más nos volveremos á ver.

LAUR. (Con viva emoción.) No; tú no harás eso. (Reteniéndola.) Eres demasiado buena para ser tan cruel conmigo.

ROS. ¡Suélteme usted! ¡Déjeme usted!

LAUR. No; no te dejo mientras no me des palabra de esperarme mañana. Y si después de las explicaciones y de las pruebas que yo te dé de que mi mujer y yo nos aborrecemos tú quieres separarte de mí, yo me allanaré, me conformaré aunque sea destrozándome el corazón.

ROS. Adiós.

LAUR. ¿Me esperarás?

ROS. No y no. Porque sé que me volvería usted á engañar. Y yo no quiero. Bastante se ha burlado usted de mí. Quédese usted aquí con su señora. (Conteniendo sus sollozos.) Quiérala usted mucho. Y sean ustedes muy felices. (Vase llorando. Laureano va á cogerla, pero se detiene al oir junto á la puerta de la derecha la voz de Beatriz que dice:)

BEAT. (Desde dentro.) ¡Laureano! ¡Laureano!

LAUR. ¿Qué hay? (Llamando quedo por la izquierda.) Rosalinda, oye. ¡Escucha! ¡¡Espera!! (Hace un gesto de contrariedad y se dirige á la puerta de la derecha, diciendo colérico.) ¡Por vida de...!

ESCENA XV

BEATRIZ y LAUREANO

BEAT. (En traje de amazona y con el látigo.) ¡Hola!

LAUR. ¡Hola! (Los dos con ironía.)

BEAT. Gracias á Dios que has llegado.

LAUR. ¿Tan impaciente estabas por verme? O haciendo de otro modo la pregunta: ¿Tanta prisa te corría pedirme dinero?

BEAT. Algunas veces al oirte, cualquiera creería que tenías lo que llaman los franceses esprit.

LAUR. Y algunas veces al oirte cualquiera creería que eres una mujer amable... Y ¿cuánto es ello?

BEAT. Para mí, ahora mismo, un cheque al portador, de cuatro mil quinientas pesetas.

LAUR. ¿Y después de ahora?

BEAT. Una orden tuya al Banco Agrícola para que paguen á su presentación una letra que he girado para pagar un automóvil que he comprado en Biarritz.

LAUR. ¿Otro?

BEAT. (Con impertinencia.) Sí; otro.

LAUR. ¿Y puedo preguntar sin pecar de indiscreto para qué es ese automóvil?

BEAT. Tú no eres indiscreto... casi nunca.

LAUR. Gracias por la casi justicia que me haces.

BEAT. Pues el automóvil que he comprado es un noventa, tipo Nazzaro para carreras; porque pienso tomar parte en las que se preparan de París á Lisboa. Lo he conseguido en treinta y tres mil francos.

LAUR. ¿Y tú misma te propones correr en él?

BEAT. Yo, sí. Yo misma, en persona.

LAUR. ¿Y no te atrae más el deseo de viajar en aeroplano?

BEAT. ¡Oh! ¡Ya lo creo! ¡*Ça viendra*!

LAUR. Voy á extenderte el cheque. (Poniéndose á escribir en un talonario que lleva en el bolsillo. Mientras escribe dice:) ¿Y estas cuatro mil quinientas pesetas que quieres ahora mismo son para..?

BEAT. Para pagar deudas sagradas.

LAUR. ¡Ah! ¡Ya! ¿Has jugado?

BEAT. Y he perdido... ¿qué quieres decir con ese gesto?

LAUR. (Con mucha firmeza.) Aunque no me lo preguntaras pensaba decirte lo que significa ese gesto. Que esta es la última vez, ¡fíjate bien! la última vez que pago deudas de esas que llamas sagradas.

BEAT. (Riéndose á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja! Sería curioso que me prohibieses divertirme.

LAUR. (Como antes.) Diviértete cuanto quieras y como quieras. Pero no olvides lo que acabo de decirte. Porque siempre cumplo lo que digo.

BEVT. (Burlonamente.) ¿Tú no sabes que la prohibición es, para mí al menos, un aperitivo?

LAUR. Allá tú. (Glacialmente.)

BEAT. (Después de unos momentos.) Pero, ¿de veras te atreverías.. te atreves á poner cortapisas á mis deseos ó á mis caprichos? (Laureano muestra la mayor indiferencia hojeando algunos libros.) ¡Tendría que ver! Por supuesto que no doy importancia ninguna á esos aires de tirano que adoptas y que ¡créeme! no te van bien. (Transición.) Desde que convinimos de común acuerdo en vivir cada uno á su gusto, con absoluta independencia el uno del otro, yo no te ofrecí sino una sola cosa. ¿Lo recuerdas? No manchar tu nombre con el adulterio. Lo demás, sea lo que sea, nada importa, ¿Te enteras? (Laureano sigue manifestando expresivamente la mayor indiferencia.) Por consiguiente, (Con altanería.) jugaré ó no jugaré, según me venga en ganas. Soy libre, libre como el aire. ¡Como tú! (Irritándose más y más al ver la actitud indiferente de Laureano.) ¿Entiendes? No

faltaría más sino que ahora me vinieses con estúpidas prohibiciones. ¿Qué mejor empleo puedes dar á tus millones que el de pagar mis lujos y mis caprichos? (Con marcado desdén.) ¿Crees tú que si no hubiera yo esperado eso, ó tú me hubieses indicado lo contrario me hubiera casado contigo que tienes gustos, aficiones, ideas y sentimientos opuestos en todo á los míos?

LAUR. Pues no fuí yo quien ocultaba ni disfrazaba sus ideas y sentimientos antes de casarnos, sino tú. Tú que fingías avenirte por completo á mis gustos sencillos.

BEAT. Ordinarios.

LAUR. Y á mi modo de pensar.

BEAT. (Con orgullo.) Aunque así sea, debes darte por muy contento con que una mujer como yo te haya concedido el honor de ser tu mujer. Porque no podrás negar que por mí brilla tu nombre como el primero en todas partes. Que á no ser por mí, por las fastuosas fiestas que damos en nuestros salones, por las aristocráticas relaciones que casi yo sola cultivo, tú serías... (Con marcado desdén.) un banquero más; pero de todas suertes, un hombre obscuro, vulgar.

LAUR. Y muy á gusto. Peor fuera que aspirase yo á ser, sin las condiciones necesarias, un *superhombre* como tú crees *ridículamente* ser una mujer superior.

BEAT. (Resentida.) Ridículamente, ¿eh? (Dando en los muebles con el látigo.)

LAUR. (Friamente.) Sí; pero vamos á ver: ¿en qué fundas esa ilusoria superioridad? ¿En que gastas el mucho dinero que yo te doy? ¿En que te adulan unos cuantos á quienes convidas á comer y á bailar? ¿O los comerciantes, modistas ó joyeros, porque eres su mejor cliente? ¿En que juegas muy bien al *tennis* y montas como una *ecuyére?* ¿En que tocas y cantas; pero sin poner en ello nada espiritual: como una máquina admirable? ¿Y eso te alucina hasta el punto de creer que eres una mujer superior?

BEAT. (Con ira disimulada por irónica burla.) ¿De veras? ¿Qué me cuentas? ¿Qué callado lo tenías? Sigue, sigue. Estoy encantada de oirte.

LAUR. (Como antes.) La prueba de que tú vales menos, mucho menos que yo, con ser yo un hombre vulgar, es que careces en absoluto de lo que más vale en el hombre como en la mujer.

BEAT. (Con burla.) ¿Y qué es ello? Sepamos.

LAUR. Corazón. (Beatriz se encoge de hombros y ríe desdeñosamente.) Eres una mujer hermosa... como la de la fábula. Eres como uno de esos hermosos y elegantes estuches de joyas... pero vacío. Una muñeca articulada; un figurín.

BEAT. (Después de mirarle unos instantes y con desprecio, tras del cual se adivina su irritación.) ¿Ya has desahogado toda tu bilis? ¿Toda tu rabia?

LAUR. (Glacialmente. Levantándose.) Ni bilis, ni rabia. Estoy, ya lo ves, mucho más tranquilo que tú. ¡Como siempre que te hablo! Porque desde que te he conocido á fondo; desde que te he visto tal como eres; desde que ya no te tomas la molestia de fingir y he llegado á ver tu alma desnuda, siento por tí, no desprecio, porque no cabe en mi alma, sino una gran compasión.

BEAT. Si no fuera porque me están esperando, ya te diría yo... (Acercándose á mirar por el balcón.) Ahora bajo, señores. Allí está mi hermosa Selika piafando impaciente por llevarme.

LAUR. ¿Piafando impaciente? Mejor dirías temblando de miedo de tus espolazos y de tu látigo.

BEAT. ¿Qué sabes tú?

LAUR. Ya lo creo que lo sé. Esa hermosa y pobre yegua hace lo que yo: soportarte. Porque no tiene más remedio.

BEAT. (Con ira.) No quiero contestarte lo que mereces.

LAUR. Convéncete de que con la bondad y con el amor puede conquistarse el cariño lo mismo de las personas como de los animales; no con latigazos.

BEAT. (Con mirada y sonrisa perversa.) ¿Vamos á hacer la prueba?

LAUR. ¿Cómo?

BEAT. Así. (Cruzándole ligeramente la cara con el látigo y desapareciendo, riéndose á carcajadas, pero nerviosamente.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

ESCENA ÚLTIMA

LAUREANO y ROSALINDA

LAUR. (Sin mirar á Rosalinda que entra rápida y sujeta á Laureano que trata de ir tras de Beatriz. Colérico.) ¡Salvaje! ¡Fiera! ¡Oh! ¡Pero yo te domaré! ¡Ya verás! ¡Te lo juro!

ROS. (Deteniéndole y en voz baja.) ¡Cállate! ¡Déjala! ¡Desprecia á esa mala mujer!

LAUR. ¿Ves, Rosalinda, ves? ¿Podrá nadie del mundo recriminarme porque procure mi corazón hallar en tí el consuelo y el cariño que necesita? ¿Te convences de que todo el amor de mi alma es solo tuyo?

ROS. Sí, Laureano. Bien lo he visto ahora. Ni merece tampoco esa mujer que un hombre tan bueno y tan noble como tú la quiera. ¡Maltratarte así! ¡Pobrecillo mío! ¿Te ha hecho mucho daño?

LAUR. No; si apenas me ha tocado. Pero su acción me indigna. Por más que de esa, como de todas sus demasías, yo tengo la culpa.

ROS. ¿Tú? No digas eso.

LAUR. Sí, porque he sido excesivamente bondadoso é indulgente para todos sus antojos y caprichos. Y ella, como todas las personas que carecen de sentimientos nobles y delicados, interpreta mi extremada bondad por cobardía de espíritu ó por imbecilidad. Pero yo la sacaré de su error. En adelante seré con ella como se merece. ¡Como he debido ser siempre!

ROS. ¡Adiós, Laureano mío! ¡Adiós! Deja siempre que puedas esta casa donde tanto te amargan la vida. Y ven pronto allí. A tu rinconcito. A tu paraíso.

LAUR. ¡Sí, amor mío! (Van los dos enlazados hacia la izquierda.)

ROS. Donde te espera tu Rosalinda para ofrecerte las ricas mieles de sus caricias y de sus besos. (Desaparece Rosalinda por la izquierda mientras cae el telón.)

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Volver á la razón, comedia dramática en tres actos, original y en prosa; estrenada en Madrid.

La flor del almendro, drama en tres actos, original y en prosa; estrenado en Madrid.

Rafaela, drama en tres actos, original y en prosa; estrenado en Valladolid.

Lazos indisolubles, comedia en tres actos, original y en prosa estrenada en Barcelona.

La salsa de los amores, monólogo en verso, estrenado en Madrid

Un amor del infierno. (Novela.) Agotada.

Amores y amoríos. (Historias y cuentos.) Segunda edición.

La confesión de un confesor. (Novela sociológica.) Segunda edición.